

devoción, te esperará en el camino de Bourges, á algunos pasos del pueblo. Tú saldrás por la puerta pequeña del parque, y te será fácil esquivar toda mirada indiscreta. No es la vida lo que te pido; es una hora, un instante. Después, ligados el uno con el otro, ya podremos encontrarnos en todas partes. Habrá entre nosotros un lazo indisoluble. Es todo lo que exijo... A este precio te devuelvo la libertad, seguro de tí en el porvenir. Dudando siquiera, me harás dudar de tu juicio.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—Sí. Instantes fugitivos, un lazo misterioso, ¿es mucho pedir?

—¿Será el deshonor aceptado, la traición voluntaria!

—¡Palabras! ¿Sí ó no? ¿Qué decidís?

Margarita vaciló un segundo, y con voz firme respondió:

—Bien; puesto que lo exigís, sí.

—Hasta mañana, entonces.

—¡Hasta mañana!

—¿Te acordarás de todo?

Margarita se inclinó.

Al llegar debajo del tejadillo, dijo Roland:

—¿Me das palabra?

—Os la doy.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Roland se alejó en dirección del palacio con el aire del vencedor.

Margarita permaneció un momento inmóvil; luego se encaminó por el otro lado.

Cinco minutos después asomaba por la ventanilla abierta sobre el tejadillo la arrugada cara de una vieja: era la de la marquesa de Lignerres.

X

Velar las armas.

En las tragedias más sombrías se encuentra casi siempre algún detalle grotesco ó, como menos, que rompe la monotonía del horror de las lágrimas.

El que se hubiera paseado en el parque de Maillepré una hora antes de la escena que hemos descrito por los alrededores del pabellón, hubiera presenciado un espectáculo extraño.

La vieja señora de Lignerres, cumpliendo la promesa que á sí propia se hizo al sorprender en la biblioteca al prefecto con Margarita, buscaba un sitio en donde establecerse cómodamente y penetrar el secreto que tanto excitaba su curiosidad.

El sitio no se prestaba, en verdad, para una emboscada segura. A menos de ocultarse bajo los muebles ó de envolverse en alguna cortina, era casi imposible disimular allí la presencia de una persona, y aun aprovechando este recurso, la casualidad podía descubrir el espionaje. No había, pues, que pensar en aquel medio.

La viuda, completamente desalentada, pensó en los macizos de arbustos que rodean el pabellón; pero aquel recurso, posi-

ble de noche, era peligroso y expuesto al ridículo por el día.

Ya pensaba en retirarse, declarándose vencida, cuando vió la ventana abierta sobre el tejadillo del vestíbulo: aquello era la salvación.

Pensar esto, coger una escala que había detrás del kiosko, apoyarla en el muro, trepar por ella y meterla en el desván que acababa de escalar, fué obra de un instante.

El sitio no era muy á propósito ni muy confortable.

A la llegada de la intrusa, un mochuelo que habia establecido allí su domicilio, desplegó las alas y voló silenciosamente; las arañas, propietarias del desván, se refugiaron en sus agujeros; solo el polvo quedó en su sitio, salvo el que se pegó á los vestidos de la invasora; pero esto fué un detalle sin importancia para ella, que consagrada por completo á su interesante empresa, instalóse como mejor pudo, procurando ocultar su cpergaminado rostro entre la yedra y las laemátidas que cubrían la ventana, y esperó, lamentando las deficiencias de su observatorio, no por su comodidad, sino porque no podría hacerse cargo de todo.

No tuvo que esperar mucho, porque casi en el acto llegó el prefecto, que entró en el pabellón y salió en seguida, demostrando gran contrariedad, y modulando con el silbido un aire de caza como para avisar á alguien.

Después caminó algún trecho, poniéndose

á escuchar y á mirar por los paseos que conducían al pabellón.

La marquesa de Lignerés, no obstante su impassibilidad, no pudo menos de sentirse penosamente emocionada ante la presencia de aquel hombre, en cuyos rasgos aparecían las huellas de indomables pasiones, juntamente con una actitud de fiera amenaza.

Roland Beroult, creyéndose solo, no se consideraba obligado á disimular, y manifestó su descontento con estas frases, cogidas al vuelo por la marquesa:

--¿Se estará burlando de mí?... ¡Lo mismo que en París!... ¡Yo la aplastaré! Y uniendo á la amenaza la acción golpeó el suelo con el pie, como si efectivamente hubiera tenido debajo el ser á quien quería aniquilar.

Después de algunos minutos durante los cuales el prefecto dió señales alarmantes de su impaciencia, llegó Margarita, que saludándole friamente, entró con él en el pabellón.

Nueva contrariedad para la marquesa, á quien apenas llegaban algunas que otras palabras y el murmullo de la conversación: únicamente sacaba en limpio que la joven hablaba poco y que su interlocutor se expresaba con gran vehemencia.

Por fin tuvo la uerte de oír distintamente la voz del prefecto, que decía con mucha exaltación:

--¡Tú honor está en mis manos!

No había pues, duda. Aquella desconocida, acogida con tanta ligereza por la señora de Maillepré, poseedora de su confianza, fa-

vorecida con su estimación y su afecto, tenía un pasado deplorable.

Pero no le bastaba á la marquesa saberlo; quería adquirir la prueba, convencida de que con palabras únicamente no lograría combatir la ceguera de su hijo. Necesitaba hechos palpables, y empezó á concebir la posibilidad de adquirirlos, cuando oyó al prefecto decir con gran energía:

--¡Te amo siempre!

La joven había sido, pues, su querida; esto era evidente para la marquesa, pero hasta allí no había más que palabras.

Al terminar la entrevista, los dos se adelantaron colocándose bajo el tejadillo, en donde Roland, obtenido ya el consentimiento de la joven, le explicaba el modo de verse con él en la prefectura, expresándose con la confianza del que está seguro de no tener testigos.

La marquesa pudo oírlo todo, llegando al paroxismo de la alegría cuando oyó decir á la protegida de la duquesa:

--«¡Bien; puesto que lo exigis, iré!»

A la madre de Roger no se le ocurrió siquiera pensar en la infamia de aquel hombre que dos días después iba á casarse con una joven que ella había visto nacer, como quien dice, y que daba á otra una cita la víspera de su matrimonio; no pensó más que en el escándalo que iba á producir para acabar con el ciego amor de su hijo. Al fin tenía en su poder las armas que por tanto tiempo buscó inútilmente... la victoria era suya.

Cuando volvió al palacio, M. Godet conoció á primera vista en el brillo de sus ojos grises, que venía de hacer algo poco favorable para el bien del prójimo. A las preguntas del anciano no respondió: contentándose con darle á entender que sabía cosas nuevas.

—Es encantador el bosque de Maillepré, mi buen M. Godet. ¡Lo que se vé en él!

Aludiendo al porvenir, dijo:

—No sé cual será, mi pobre amigo, pero temo que nos reserve muchas sorpresas.

M. Godet creía lo mismo, pero por razones distintas que la marquesa. Hacía tiempo que la tranquilidad de su amigo Pedro de Meillant traía preocupado al buen viejo, que no se explicaba el enigmático lenguaje de aquel en sus raras y siempre lacónicas conversaciones.

M. Godet, que no ocultaba su antipatía hacia el futuro de Blanca, había dejado entrever á su favorito parte de la verdad sobre las causas del consentimiento de la duquesa para aquel matrimonio, asegurándole de paso que sería capaz de recompensar largamente al que encontrase un medio de romper la proyectada unión, evitando un escándalo en la casa y á la joven las emociones naturales, demasiado violentas para su delicada salud. ¡Problema insoluble para él!

Pedro de Meillant oía sus lamentaciones y callaba ó á lo sumo solía decirle:

—No desesperéis, querido tío: Nada nos apremia... hay tiempo...